

Marcelino Menéndez Pelayo:



Una biblioteca andante

Amante de los libros y lector empedernido desde que tuvo conocimiento, don Marcelino Menéndez Pelayo fue polígrafo, político y erudito español. Y también bibliotecario. Varias fueron las bibliotecas donde trabajó, entre ellas la Biblioteca Nacional de España, de la que fue director desde 1898 hasta 1912.

Pocas figuras del mundo de la literatura tuvieron tan clara su vocación por los libros desde la infancia como don Marcelino Menéndez Pelayo quien, siendo todavía un niño, comenzó a reunir una colección personal de libros, manuscritos e impresos que, gracias a su tesón, sus sacrificios y su perseverancia, llegó a tener más de cuarenta y cinco mil volúmenes a su muerte. Cuando tuvo uso de razón, siempre que había una celebración en la que sus padres le solían hacer un regalo, no pedía sino libros de historia o literatura. Lo que provocaba siempre las iras de sus hermanos porque, mientras él también jugaba con los regalos “normales” que los familiares hacían a los demás hijos, el resto de sus niños nunca utilizaba los libros de Marcelino con el mismo fin. A los doce años, en casa de los Menéndez hubo que habilitar un armario del comedor, porque los libros y documentos de Marcelino no cabían en la habitación y estaban desperdigados por cualquier sitio. Esa fue la primera “sede” de su biblioteca, que tuvo entonces treinta y cuatro volúmenes. Con el tiempo, su padre mandó construir un pabellón en el jardín de la casa para los primeros doce mil libros de su hijo. Pero el número de libros crecía con la actividad profesional de Marcelino, y más tarde hubo de construir dos pabellones más. Y en el lecho de muerte, en 1912, observando la abultada biblioteca que había ido componiendo durante toda la vida, dijo de ella que era la única de sus obras de la que se encontraba medianamente satisfecho. Así era su amor a los libros.

En el testamento figuraba que todo su patrimonio bibliográfico pasara al Ayuntamiento de Santander, la ciudad que le vio nacer y morir. Es más, el testamento versa casi exclusivamente de lo que se refiere al destino y al cuidado de los libros, con cláusulas, advertencias y prohibiciones como, por ejemplo, la obligación de poner al frente de su biblioteca a un funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, del que él había sido el primero en el escalafón. Por ese motivo, la ciudad cantábrica recibió el legado como lo que era, un verdadero tesoro, y decidió construir un palacio de estilo montañés, muy acorde con la arquitectura de la zona, con un amplio jardín donde se colocó una estatua de Marcelino, inaugurada y descubierta con toda la solemnidad posible por Alfonso XIII en 1923, cuando todavía era rey de España. El lugar era el mismo en el que su padre había ordenado construir los tres pabellones. El Ayuntamiento, que conservó la finca y respetó parte del complejo tripartito ya existente, realizó allí la construcción de un nuevo edificio, suficientemente grande como para albergar lo que había y seguir trabajando en el estudio y la recolección de fondos para esa biblioteca. Des-

pués de casi un siglo, muchos investigadores siguen descubriendo manuscritos inéditos y desconocidos en sus fondos, piezas de un valor incalculable, al tratarse de documentos del comienzo de nuestra lengua. Entre las obras impresas se conservan 23 incunables (obras publicadas antes de 1500), salidos de talleres españoles, italianos, franceses y alemanes. Entre ellas se encuentran *Enneadas* de Plotino, los dos ejemplares de los comentarios de Santo Tomás de Aquino a Aristóteles, o *Antigüedades Romanas* de Dionisio de Alicarnaso. Además, son numerosas las publicaciones del siglo XVI. En 1957 apareció el primer catálogo de los manuscritos encontrados, y en 1994 vio la luz la segunda parte de ese catálogo-inventario. También hay más de quinientos repertorios bibliográficos.

El primer bibliotecario de la recién creada institución fue Miguel Ángel Artigas quien, en 1916, pronunció la primera conferencia sobre la Biblioteca. Dos años más tarde vio la luz, a instancias de Artigas, la “Sociedad Menéndez Pelayo”, que deseaba alejar de ella todo aspecto de yerto museo, vivificándola, poniendo en circulación, para provecho de las letras y de las ciencias, los tesoros bibliográficos que la colección encerraba. También procuraba promover los trabajos literarios referentes al estudio bio-bibliográfico y crítico de

Tuvo dificultades para acceder a los estudios universitarios por su corta edad pero, finalmente, se licenció con un expediente brillantísimo a los diecisiete, defendió su tesis doctoral con premio extraordinario a los diecinueve y llegó a ser, a los veintidós años, el catedrático más joven de toda la historia y de todo el mundo.

don Marcelino, organizando cursos, conferencias, editando revistas, folletos, libros. Al año siguiente salió el primer número del *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo* y además tuvo lugar el primer acto público de la Sociedad, presidido por el rey Alfonso XIII. Con el paso del tiempo, la actividad intelectual de la institución creció, sobrepasando el mero aspecto bibliográfico, hasta albergar

desde hace muchos años los cursos de verano de la Sociedad, convertida más tarde en Universidad Internacional. Hoy en día, esos cursos son los más solicitados y apreciados del panorama cultural español de cada verano.

En la actualidad, la Biblioteca colabora en varios proyectos relacionados con las nuevas tecnologías. Así, se ha iniciado la creación de la Biblioteca Virtual de Menéndez Pelayo gracias a la Fundación Histórica Tavera y la Obra Social y Cultural de Caja Cantabria; el Archivo Virtual de la Edad de Plata de la Cultura Española 1868-1936, dirigido desde la

años en los que fue su profesor. Y lo hizo invitándole a su casa y poniendo a su disposición su biblioteca personal, con una condición: si no sabía pedir el postre en latín no le invitaría a comer. A los quince años, no solo dominaba el latín, sino que había leído en idioma original casi toda la literatura clásica, y comenzaba a escribir poemas de corte clásico, ensayando los metros más típicos de la literatura occidental. A partir de ahí su carrera fue meteórica. Tuvo dificultades para acceder a los estudios universitarios por su corta edad pero, finalmente, se licenció con un expediente brillantísimo a los diecisiete, defen-

Se cuenta que, al poco tiempo de encargarse de la dirección de la Biblioteca Nacional, sabía el lugar exacto que ocupaba cada libro (por entonces había un millón), y que nunca consultaba los ficheros cuando iba en busca de algún ejemplar, porque recordaba perfectamente dónde estaba, sin hacer caso siquiera a los criterios de numeración.

Residencia de Estudiantes, y también participa con la Residencia de Estudiantes en el Archivo Virtual Contemporáneo.

Para llegar a esta enorme efervescencia intelectual, y a estos frutos más que sobresalientes, es conveniente hacer referencia al tesón, la constancia, la diligencia y el espíritu de sacrificio que Marcelino demostró durante toda su vida para dejar esa imborrable estela. Y eso lo hizo porque siempre tuvo una atracción irrefrenable por los libros y el mundo del conocimiento. “Vivir entre libros ha sido siempre mi mayor alegría”, dijo en alguna ocasión, y su hermano Enrique afirmó de él que “amó a Dios sobre todas las cosas y al libro como a sí mismo” ya que, además de su biblioteca particular, tuvo durante sus casi sesenta años de vida una relación íntima con más de una biblioteca. La primera de ellas fue la de su profesor de latín en el bachillerato, don Francisco María Ganuza. Este, al observar la exquisita inteligencia y la increíble erudición de un muchacho tan joven, se interesó vivamente por su discípulo y continuó aleccionándolo después de los dos

dió su tesis doctoral con premio extraordinario a los diecinueve y llegó a ser, a los veintidós años, el catedrático más joven de toda la historia y de todo el mundo ya que, a esa edad, lo normal es no haber terminado siquiera la licenciatura. Para llegar a ese estado de cosas, consiguió con anterioridad que fuera aprobada una ley que permitiera ser profesor de universidad a un individuo de veintiún años y no de veinticinco, como era común entonces.

Pero eso solo era el comienzo de una vida de éxitos, honores y producción literaria desbordante en calidad y cantidad. A los veinticinco años fue elegido Académico de la Lengua, dos años más tarde de la de Historia, seis años después de la de Ciencias Morales y Políticas, y en 1892 de la de Bellas Artes de San Fernando, llegando a ser el único español de aquellos años que perteneció a las cuatro grandes academias. En 1895 fue Decano de la Facultad de Letras de la Universidad Central de Madrid. En 1905 fue presentada su candidatura para el Premio Nobel de Literatura, aunque las esperanzas eran muy pocas, ya que el año anterior lo había



recibido Echegaray, también español. Cuatro años más tarde llegó a ser Director de la Academia de Historia. Asimismo fue Diputado en Cortes y Senador hasta su muerte por la Real Academia Española.

La siguiente gran experiencia con el mundo de las bibliotecas consistió en los viajes que hizo desde septiembre de 1876, con solo veinte años, a finales de 1877, con el propósito de apagar su sed de conocimiento y prepararse para lo que sería su futuro como académico y escritor. En Lisboa, Silva Tulio, bibliotecario en la Nacional del país vecino, le preparó una habitación especial para que trabajara allí con tranquilidad. Estuvo hasta noviembre, regresando a Madrid y luego a Santander. El 12 enero de 1877 viajó a Roma, y en la Biblioteca Vaticana le permitieron trabajar en días y horas en que debería estar cerrada. En marzo pasó quince jornadas en Nápoles consultado la Biblioteca Napolitana. En abril fue el turno de la Laurenciana y de la Magliabecchiana de Florencia, después Bolonia y Venecia, y a mediados de mayo pasó quince días en la Ambrosiana de Milán, al término de los cuales se dirigió a París y conoció a Morel-Fatio, encargado de manuscritos españoles de la Biblioteca Nacional Francesa, con quien entabló una estrecha amistad.

El diez de junio ya estaba de vuelta en Santander, dedicado a escribir como un poseso, utilizando gran parte de la información recogida en esos cinco últimos meses. Poco más tarde, el Ministerio de Instrucción Pública le concedió siete mil quinientas pesetas para continuar sus estudios en bibliotecas extranjeras. No las desaprovechó: desde mitad de octubre visitó, hasta casi la Navidad, las bibliotecas de París, Bruselas, Amberes, Lovaina y Amsterdam. El periplo terminó a comienzos del año siguiente, cuando visitó Sevilla y trabajó en la Colombina y en la personal de Mateos Gago. Quién le iba a negar, con esa preparación, la cátedra a la que optó meses más tarde. Conocido ya suficientemente a pesar de su corta edad, el proceso de obtención de ese puesto se convirtió en un espectáculo de masas.

El proceso duró desde el 21 de octubre hasta finales de noviembre. Allí concurrieron los profesores más afamados de la España de entonces, que fueron barridos por la elocuencia y la

sabiduría de un casi imberbe. Como los ejercicios eran públicos, hubo un momento en el que los claustros de la universidad no podían acoger a todos los curiosos que se acercaban allí como a una atracción circense.

Los restantes capítulos de esa historia de continuos encuentros con bibliotecas tuvieron que ver ya con su labor como administrador de grandes instituciones. En 1889 fue nombrado bibliotecario interino de la Academia de la Historia y tres años más tarde Bibliotecario perpetuo de la misma institución, lugar donde comenzó a vivir desde el año siguiente, 1893. En 1897 Presidente de la Sociedad de Bibliófilos Españoles y en 1899 Director de la Biblioteca Nacional, debido a la muerte de Manuel Tamayo y Baus, y Director de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Debido a ello tuvo que renunciar a su Cátedra en la Universidad, y ocuparía ese cargo hasta el fin de sus días.

Su labor como máximo responsable de la primera y más grande institución bibliotecaria española fue encomiable, a pesar de algunas de las críticas vertidas por Jacinto Benavente y Julio Burell, por entonces Ministro de Instrucción Pública, acerca de su gestión, en 1910. Dedicó todos sus esfuerzos a la publicación de importantes catálogos y a la organización interna de la biblioteca y de todos sus servicios, para que fuera mucho más eficiente en el uso diario de los lectores.

Sin embargo, muchas veces fue poco atendido, escuchado y correspondido por las autoridades en sus peticiones. El gobierno alegaba siempre falta de fondos económicos para satisfacer sus peticiones, y no siempre pudo efectuar las mejoras que ideó. Cuando Burell hizo una visita oficial a la Biblioteca, realizó más tarde unas declaraciones públicas algo críticas, a las que don Marcelino contestó educadamente, pero sin callar todo aquello que sabía, echando la culpa a los que deberían preocuparse económicamente de ella y no lo hacían, defendiendo su gestión personal y destacando la encomiable labor que hacen por toda España los pertenecientes al Cuerpo de Bibliotecarios.

Es conveniente señalar que la capacidad de trabajo de Menéndez Pelayo fue inmensa, pero su espíritu de sacrificio para poner en un pedestal los libros y la sabiduría no lo fue



menos. Simplemente hay que pensar que, además de sentirse gratamente entre libros, tuvo siempre mucho tiempo para dedicarse en cuerpo y alma a las labores intelectuales, ya que nunca se casó, y sus padres le facilitaron el camino que había elegido desde muy pequeño. Se cuenta que, al poco tiempo de encargarse de la dirección de la Biblioteca Nacional, sabía el lugar exacto que ocupaba cada libro (por entonces había un millón), y que nunca consultaba los ficheros cuando iba en busca de algún ejemplar, porque recordaba perfectamente dónde estaba, sin hacer caso siquiera a los criterios de numeración.

Ciertamente, las leyendas sobre sus dotes excepcionales para tratar con el material bibliográfico fueron creciendo con los años. Hubo quien llegó a afirmar que era capaz de leer dos páginas a la vez del mismo libro, una con cada ojo, y que por eso pudo leer tantas cosas en su vida, retenerlas en su memoria y luego escribir inmensos tratados literarios e históricos.

Cuando uno hace recuento de sus obras, se imagina que fue un hombre que no hizo otra cosa que leer y escribir, y que vivió casi una centuria para poder escribir tanto. Lo primero es cierto, pues no realizó más trabajos en su vida que los relacionados con los libros y el saber, pero lo segundo es rigurosamente falso, porque nació en la mitad del siglo XIX y murió en 1912. No llegó a cumplir los sesenta. Su primera obra escrita data de los diecisiete años (1873), y trata sobre la poesía de Cervantes.

Luego vendrían ediciones de clásicos, su ensayo *Horacio en España*, *Estudios poéticos*, *La ciencia española*, *Historia de los heterodoxos españoles* (tres tomos), *Historia de las ideas estéticas* (cinco tomos, y algunos de ellos divididos en dos partes, publicadas una más tarde que otra), la edición de las obras completas de Lope de Vega, en quince tomos, *Orígenes de la novela* (tres tomos), y muchas obras más que sería muy prolijo citar aquí. Su etapa histórica preferida era el Siglo de Oro español, y le gustaba revivir aquella época gloriosa, no solo por el dominio político, sino sobre todo por la defensa de unos valores

morales y religiosos con los que se identificaba absolutamente. En ese sentido, escribió mucho sobre Calderón de la Barca (ensayos y ediciones). En una comisión de la Academia para celebrar el Centenario del poeta y dramaturgo español del XVII, don Marcelino se presentó como defensor no solo del personaje sino de la misma fe católica. Al evento acudieron profesores de todo el mundo y de muy diversa orientación ideológica. De hecho, algunos de ellos hablaron de Calderón manifestando un acusado sectarismo anticatólico. Don Marcelino se sintió bastante perplejo y malhumorado por el sesgo que le habían dado a la reunión varios de los invitados, y en el discurso del banquete de despedida se despachó con estas palabras:

Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma e inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el suelo patrio. Por la fe católica, que es el sustantivo, la esencia y lo más grande y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte. En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos e ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros, los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón y con justicia y con derecho podemos enaltecer su memoria.

Podemos imaginarnos el revuelo que se formó en esa cena, que se suponía era la de la amistad y la alegría final. Y el discurso se difundió como la pólvora por toda España, abandonando el pequeño ámbito de la reunión científica, concluyendo en un sinnúmero de felicitaciones y parabienes de ayuntamientos del país, cargos públicos, prelados, instituciones y universidades. Así fue él, genio y figura, en cualquier coyuntura, defendiendo su postura, de la biblioteca a la sepultura. ■

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: 1.- www.esacademic.com. 2.- Arthistoria. 3.- www.panoramio.com.

TÍTULO: Marcelino Menéndez Pelayo: una biblioteca andante.

RESUMEN: Se explica en este artículo cómo era la vida rodeada de libros del santanderino don Marcelino Menéndez Pelayo, hombre erudito dedicado en cuerpo y alma a la escritura y a la lectura. Se describe cómo fue su infancia, cuál fue su trayectoria profesional y qué cargos ocupó en diferentes bibliotecas, especialmente la dirección de la Biblioteca Nacional de España.

MATERIAS: Menéndez Pelayo, Marcelino / Autores Literarios / Bibliotecarios.